

Julio Andrada tomaba por la avenida Amancio Alcorta cada mañana, salvo los jueves. Salía con su auto del edificio de Charcas donde vivía, daba la vuelta hasta llegar a Pueyrredón y seguía derecho por esa avenida que cambiaba dos veces de nombre en su recorrido. Pueyrredón se llamaba luego Jujuy y más adelante Colonia, que terminaba en el estadio de Huracán. Andrada llegaba hasta el final de Colonia y doblaba por Alcorta hasta llegar al Puente Uriburu. Lo cruzaba y dejaba atrás la Capital para meterse en Lanús. A diez minutos de auto del Riachuelo estaba su fábrica.

Cada vez que cruzaba por la avenida Alcorta pensaba lo mismo. Que ninguno de sus conocidos tomaría por esa calle. No lo haría su cuñado, ni sus vecinos del edificio, ni los otros empresarios con los que se reunía cada tanto para pescar o hacer negocios. Todos ellos la evitarían, como la evitaba él los jueves cuando llevaba en su auto a Miguens, el contador que administraba sus negocios.

Los jueves hacía un recorrido distinto. Como ése era el día en que su contador iba a la fábrica, Andrada lo pasaba a buscar por Pueyrredón y Córdoba. Pero

no seguía derecho. Doblaba en Bulnes y seguía por Boedo hasta llegar al Puente Uriburu. La primera vez que lo había llevado, unos cuatro años atrás, había pensado seguir su camino habitual, pero en Jujuy, a la altura de San Juan, Miguens le preguntó:

—¿Por dónde vas a ir?

—Derecho hasta la cancha de Huracán. Y Alcorta hasta el puente.

—No, ni se te ocurra. En la villa te roban o te pegan un tiro. Agarrá Chiclana hasta Boedo, que por ahí se va rápido.

Andrada no volvía a su hogar por Amancio Alcorta. Prefería ir por Maza y así evitar pasar de noche por la avenida. La oscuridad le quitaba la seguridad que sentía de día, cuando circulaba sin pensar. No observaba el paisaje de sus costados. Le hubiera resultado difícil describir los edificios de Buenos Aires, que cambiaban a medida que recorría esos cinco kilómetros: primero los edificios señoriales de Barrio Norte, algo anticuados, que recordaban una grandeza que ya no era tal. Luego los comercios de ropa y electrodomésticos cercanos a la avenida Corrientes, con sus vendedores ambulantes colmando las veredas. Enseguida las multitudes que confluían a toda hora en Plaza Once y que buscaban la estación de trenes o las paradas de los colectivos. Pasando la plaza, todo se aceleraba: los edificios descuidados de la avenida Jujuy, las mueblerías del cruce con avenida Belgrano, las estaciones de servicio, el tráfico cada vez más fluido y finalmente Colonia, donde las casas bajas convivían con galpones y de día recordaban

cómo había sido Buenos Aires tres o cuatro décadas atrás. A esa altura la avenida parecía más ancha. Andrada no sabía si eso era así o un simple engaño de la vista por los pocos autos que circulaban por ahí.

Pero eso no le interesaba, ni el cambio de los edificios, ni de la gente que andaba por las veredas, y se habría sorprendido si alguien (su hija, por ejemplo, que estudiaba psicología) le hubiera dicho que cada mañana hacía el camino inverso a su ascenso social, una suerte de recordatorio que señalaba de dónde venía y adónde había llegado.

Porque Julio Andrada alguna vez había sido como la gente que viajaba colgada en los colectivos. Lo había sido en su adolescencia, cuando dejó la escuela industrial e ingresó en una fábrica de sanitarios en Avellaneda. Tal vez habría seguido ganándose el pan toda su vida como obrero si no hubiera sido por el viejo Ramírez. Su padre había trabajado en la cortadora de tubos y caños del viejo Ramírez hasta que se murió. En el velorio, Ramírez se acercó a él y le dijo si no quería trabajar en su fábrica. El sueldo que le ofrecía era más de lo que ganaba calentando la argamasa con la que se fabricaban los sanitarios, pero menos de lo que ganaba su padre. Andrada aceptó cuando todavía no habían trasladado el féretro al cementerio. Dos días más tarde fue a trabajar con el viejo Ramírez, quien le enseñó el oficio de cortar caños, de seleccionarlos según su clase (estructurales, de conducción, con y sin costura), y donde Andrada también aprendió a vender por excelente lo bueno y por bueno el material de mala

calidad. En unos días supo todo lo que su padre sabía y con lo que había trabajado desde antes de que Andrada naciera. El viejo Ramírez le tomó cariño. No tenía familia y sus únicos vicios eran jugar a la quiniela todos los días e ir de putas una vez al mes. Cuando Andrada cumplió dieciocho años lo llevó al Caballito Blanco, el cabaret que estaba sobre la avenida Pavón y del que Ramírez era un visitante asiduo. También le hizo sacar la licencia de conducir para que usara la camioneta. El año que Andrada pasó haciendo el servicio militar obligatorio, Ramírez no sólo le mantuvo el trabajo sino que le pagó el sueldo completo y le dejaba usar la camioneta para irse a divertir por ahí. Andrada no recordaba cómo lo llamaba su padre en la infancia, pero podía oír la voz carrasposa de tabaco del viejo Ramírez diciéndole «Julito». Nunca, antes o después, lo llamarían así. Nadie tampoco lo llamaba Julio, salvo su esposa. Para los demás era Andrada a secas. Hasta sus hijos, cuando hablaban entre ellos, lo llamaban así: Andrada.

Fue su idea incorporar la venta de chapas a la de caños. Al viejo Ramírez le gustaba que el chico tuviera iniciativa y lo dejaba hacer. Al tiempo, no sólo cortaban caños y chapas sino que ofrecían servicios de colocación. Andrada consiguió que algunos arquitectos de la zona los tuvieran en cuenta cada vez que construían o reformaban una casa. También convenció a Ramírez para contratar unos obreros que armaban tinglados y techos de chapa. Las actividades de Ramírez nunca habían crecido tanto como en esos años. Así

que, cuando Andrada se casó, su regalo fue transferirle el negocio. Ramírez no quería que el esfuerzo y el crecimiento de esos años fueran a parar a algún familiar lejano que no veía desde hacía décadas. Ramírez, de alguna manera, lo había adoptado al morir su padre. ¿Por qué no convertirlo en un heredero en vida? Andrada entró a la vida matrimonial como querían sus suegros oriundos de Flores: convertido en un pequeño pero pujante empresario. Dejó para siempre Lanús y con su esposa se mudaron a un departamento de Parque Patricios, en la zona sur de la Capital. Andrada también adquirió un Fiat 125 con el que empezó a hacer sus viajes del hogar al trabajo. Hacía ya como treinta años que había tomado por última vez un colectivo y jamás se había subido a un tren de superficie o subterráneo.

El departamento de Parque Patricios era minúsculo, ideal para una pareja a la que no le molestaba la llegada de un bebé. Al año de nacido el hijo mayor, se mudaron en el mismo edificio a uno de dos ambientes. Recién cuando nació la hija menor pudieron comprar un departamento de tres ambientes en Almagro. Y hacía sólo once años que los Andrada vivían en el piso de Charcas, donde sobraban las habitaciones.

Si bien el viejo Ramírez puso la empresa a su nombre, Andrada siempre respetó su lugar y se portó con él como si fuera un padre. Dejaba que retirase el dinero que quisiera, nunca tomaba decisiones sin consultarlo y cuando Ramírez contrajo el cáncer de próstata que lo llevaría a la muerte, Andrada lo cuidó mejor que un hijo de verdad.

La mayor virtud de Andrada como empresario era la iniciativa y el convencimiento con el que llevaba a cabo cada proyecto. Era cierto que cuando el viejo Ramírez le transfirió la empresa, su suegro le prestó el dinero para hacerla crecer. Sin esa plata, que tardó cinco años en devolver, le hubiera costado mucho más superar los límites de una pequeña fábrica. En los últimos quince años su empresa había crecido lo suficiente como para convertirse en una de las más pujantes de la zona sur del Gran Buenos Aires. Sus empleados (entre los que se encontraban un ingeniero, un arquitecto y un administrador de empresas) llevaban adelante obras desde Lanús hasta Temperley, de Avellaneda a Quilmes. Andrada sabía que las obras no siempre se conseguían de la manera más limpia, sobre todo cuando se trataba de licitaciones públicas o trabajos para la municipalidad. Pero nada de todo esto le quitaba el sueño, él tenía el convencimiento de que los trabajos que realizaba su empresa siempre estaban bien hechos, eran sólidos, indestructibles; y eso era lo que realmente contaba.

Vivía en La Rioja y Caseros, en pleno corazón de Parque Patricios, cuando se volvió hincha del club del barrio, de Huracán. Hasta entonces nunca se había interesado en el fútbol. Cada sábado o domingo por medio, según el año, iba a la cancha a ver a su equipo. En aquel momento, a mediados de los ochenta, nadie hubiera dicho que era peligroso andar por Amancio Alcorata o por Colonia. Iba caminando las veinte cuadras que lo separaban y a medida que se acercaba se perdía en la multitud de los fervorosos y sufridos hinchas del Globo.

Cuando se mudó a Almagro, entre la distancia y el nacimiento de su hija, su concurrencia a la cancha fue disminuyendo hasta que dejó de ir definitivamente a mediados de los noventa, después de un campeonato en el que Huracán estuvo a punto de salir campeón. Y su interés por el fútbol había desaparecido casi por completo.

No sentía nostalgia de aquellos años ni añoraba volver al estadio Tomás A. Ducó. Si hubiera querido, se podría haber pagado la platea más cara cualquier domingo de esos. No eran las ganas de ver la cancha de cemento las que lo llevaban a bajar por Colonia hacia la avenida Amancio Alcorta. No extrañaba nada. Ni siquiera se le cruzaba la idea de volver la mirada hacia la cancha cuando pasaba cada mañana. Era la avenida Alcorta la que lo atraía silenciosamente. Si unos meses más tarde, cuando todo hubo acabado, le hubieran preguntado en qué momento de su vida se había sentido más vivo habría dicho: manejando por la avenida Amancio Alcorta en mi auto, desde Colonia, a Sáenz, cada mañana de la semana, salvo los jueves que llevaba a Miguens, ese nene de mamá convertido en mi contador.

2

A la altura del Estadio Tomás A. Ducó, la histórica cancha de Huracán, Amancio Alcorta parece más una